



Sergio Sánchez
Borges lector de Nietzsche y Carlyle
Córdoba
Universidad Nacional de Córdoba
2014
110 páginas

David Fiel¹

Sánchez lector de Borges

Del presente libro de Sergio Sánchez, compuesto de dos escritos pertenecientes a momentos no muy distantes, emerge un Borges político a horcajadas entre su vocación por ideales dieciochescos de vida, jamás asimilados del todo a las culturas democráticas que el escritor habitó (cómo parecer un Voltaire en el interior de una república, más aún si ésta es sudamericana y está, por tanto, expuesta a intervenciones dictatoriales de toda laya, podría constituir un asunto a tratar más en detalle en cuanto al autor de *Ficciones*), y su necesidad de dar expresión a un modelo ético, se diría atemporal (si omitimos a Foucault), defendido por él a lo largo de

decenios y cuyas consignas más notables fueron el escepticismo, la urbanidad e, incluso, un cierto modo civil del coraje.

Uno se pregunta si acaso estos bienes del espíritu no constituyen ya un lujo (o si no lo serán pronto, ante la perspectiva, que nunca conviene abandonar del todo, de alguna nueva peripecia oscura en nuestra vida política) o si no son tal vez partes en decadencia de la única actitud combativa que todavía está a la mano de las clases medias, consolidadas modernamente en las sociedades civiles de Occidente. Las dos figuras leídas aquí por Borges y seleccionadas ex-profeso por Sánchez como ejes de congregación

¹ Doctor en Letras por la Universidad Nacional de La Plata. Profesor de Literatura Europea en la UNPSJB (Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco, sede Trelew y sede Comodoro

Rivadavia) y de Epistemología de los estudios literarios (sede Trelew). Mail de contacto: ponycalamity@gmail.com

temática, Carlyle y Nietzsche, probablemente serían hoy miembros de esa misma clase que viene heredando, para bien o para mal, esos lejanos bienes del espíritu (junto con las funciones asociadas a ello, educativas, intelectuales, etc.) que solamente Estados republicanos, como los que esas figuras (¿también Borges?) vituperaron, a la vez continúan permitiendo y a su modo también solventan. ¿Carlyle, Nietzsche (¿también Borges?) beneficiándose entonces de una coyuntura que estructuralmente los hacía posibles, y al mismo tiempo socavando, en estilos diversos de invectiva, las bases de esa misma realidad anónima, poderosa, que esos Estados vienen asegurando; Estados imperiales o republicanos que, pese a sus ocasionales crímenes de lesa humanidad (guerras de conquista, guerras de expulsión interna), no han cesado hasta el día de hoy de sostener materialmente la posibilidad misma de sus críticos, incluso como en los tres casos citados (el argentino y los dos europeos), si éstos resultan ser tan acerbos como excepcionales?

El libro de Sánchez es preciso, está redactado en un estilo claro y pulcro. Rico en citas alemanas e inglesas (de gran utilidad para inquirir los orígenes textuales de otros textos), es erudito sin fatigar, instructivo sin pedantería. Ama hacer tipologías (comienza con una, de hecho), se deleita en organizar, en distribuir, en crear sistemas interiores a los sistemas (por definición confusos, a-sistemáticos) de una obra cualquiera, incluida la de Borges. Todas estas virtudes son perfectamente compatibles con las de su objeto central, que a todas luces las poseía también, en grado sumo. La estructura del libro es simple y directa, como corresponde en estos casos: el primer texto que lo compone, “Zarathustra y la sombra del nazismo”, revisa exhaustivamente la relación sostenida a lo largo de años entre

el autor argentino y ese grupo de textos jamás dóciles que llamamos Nietzsche. El segundo escrito, “Escepticismo y crítica del heroísmo”, consagra sus páginas a revisar, con la misma minuciosidad, la relación entre Borges y su ídolo controvertido, el “dispéptico” escocés Thomas Carlyle. Precedidos por un prefacio del propio autor, fechado en Córdoba en 2014, los dos textos siguen un procedimiento más o menos análogo: explorar, por un lado, a los dos gigantes evaluados (por Borges, pero también por Sánchez); por otro, examinar los accidentes de la relación entre los europeos y el argentino a lo largo de los años, sin escatimar alusiones reveladoras respecto de la realidad política y literaria del viejo continente y del joven país sudamericano (y además con un conocimiento profundo de la obra del escritor argentino). En ambos casos, la doctrina de los dos prominentes leídos nunca es expuesta de modo maquinal o meramente expositivo sino vinculándola, junto con el aludido material erudito y diverso que la enriquece (y que prueba entre otras cosas el prolongado trabajo que su autor le ha dedicado a la tarea de investigación), a la móvil circunstancia histórica de Europa y de Argentina. Luego, el estudioso va trazando en apartados sucesivos ese derrotero no siempre rectilíneo que la trama textual y temporal que une a Borges con cada uno de los dos filósofos ha tomado a lo largo de los años. Dado que los dos autores decimonónicos son presentados por Sánchez como miembros conspicuos de una “genealogía del nazismo”, resulta previsible que las alusiones que los involucran se crucen numerosas veces a lo largo de la lectura: hay abundantes citas de Carlyle en el texto primero, consagrado a Nietzsche, y hay también, necesariamente, cuantiosas alusiones a Nietzsche en el texto segundo,

consagrado a Carlyle. Esta remisión masiva, en la que las lecturas de Borges (mayormente plasmadas en artículos y en prólogos de años diversos, aunque también, ocasionalmente, en alguna ficción, como en *Deutsches Requiem*) funcionan como pivote, como eje temporal y textual que reúne y matiza las cosas, constituye la condición primera que garantiza la unidad del libro. Finalmente, hacen en este escrito mucho más que cumplir una función de decorado las derivas exploratorias por los temas del poder, del abuso de y a las democracias y sobre todo de las aventuras riesgosas del pensamiento cuando éste se atreve a intimar, ya sea directa o socarronamente, la eminencia de los tronos (un Borges situado en la segunda parte de la década de 1940 permite delicias histórico-literarias que, por fortuna, Sánchez no le ahorra al lector).

Me ha parecido que incluso en textos académicos (por procedencia y por

evidente destino) como éste que aquí se reseña, sus autores rara vez consiguen evitar el trasluz, a la corta o a la larga, de alguna de sus preferencias secretas, muchas veces marginales respecto del propósito declarado por el programa de análisis; de mostrar esos sitios textuales (esas “heridas” diría Barthes) en donde brilla (reflejo pasajero, intermitencia veloz pero apresable) su verdadero gusto, el lugar de su “deseo”. En el caso de *Borges lector de Nietzsche y Carlyle*, quien lo ha escrito no es nunca más convincente que cuando se dedica a ponderar la literatura propiamente dicha más que las a menudo secas exposiciones doctrinales, aún si ellas portan la firma temible de un Carlyle o de un Nietzsche. Los más intensos pasajes del libro son, creo, aquellos que Sánchez consagra al examen de las piezas de imaginación pura, esas en las que, como bien sabemos, un contenido doctrinal soberbio e incluso inconfesable jamás consigue hacer completa mella.